

que de Rozán, o el señor Simpson, o el conde de Chibray, y agregaba en són de mofa:

—Por lo demás, tú tienes pervertido el gusto, eso ya se sabe. ¿Puede darse cosa de mayor estupidez que las caras de estos señores? Rozán y Chibray se parecen a Gustavo, mi peluquero.

Renata se encogió de hombros, como para decir que la ironía no la alcanzaba. Y proseguía abstrayéndose con el espectáculo de los rostros pálidos, sonrientes o malhumorados que contenía el álbum; en los retratos de las muchachas se detenía por más tiempo, estudiaba con curiosidad los detalles exactos y microscópicos de las fotografías, las arruguitas, los pelillos. Un día hasta se hizo traer un lente de gran fuerza, por haber creído notar un pelo en la nariz del *Cangrejo*. Y efectivamente, la lente señaló una hebra de oro que se había escapado en las cejas y que había bajado hasta la mitad de la nariz. Aquel pelo la regocijó durante mucho tiempo. Por toda una semana, las señoras que se presentaron tuvieron que asegurarse por sí mismas de la presencia del pelillo. Desde entonces la lente fué empleada en espurgar los rostros de las mujeres. Renata hizo descubrimientos maravillosos; dió con arrugas desconocidas, cutis bastos, hoyos mal cubiertos por los polvos de arroz. Y máximo acabó por esconder la lente, declarando que no había para disgustarse de tal modo con el rostro humano. La verdad era que Renata sometía a un examen sobrado riguroso los gruesos labios de Silvia, hacia la cual sentía él una afición particular.

Vinieron a inventar un nuevo juego, planteando la siguiente pregunta: “¿Con quién pasaría yo de buena gana una noche?” Y abrían el álbum, que estaba encargado de la contestación. Esto daba lugar a emparejamientos muy diver-

tidos. Las amigas lo jugaron muchas noches. Renata se vió sucesivamente casada con el arzobispo de París, con el barón Gouraud, con el señor de Chibray, lo que hizo reír mucho a su marido, poniéndola de mal humor. Por lo que tocaba a Máximo, ya fuese casualidad, ya malicia de Renata que abría el álbum, siempre venía a caer con la marquesa. Pero nunca se reía tanto como cuando la suerte emparejaba dos mujeres o dos hombres juntos.

El compañerismo de Renata y de Máximo llegó a tal punto, que ella llegó a contarle las penas de su corazón. El la consolaba y le daba consejos. Su padre parecía como si no existiese. Después vinieron a hacerse confidencias tocante a su juventud. Durante sus paseos al Bosque era sobre todo cuando sentían una vaga languidez, una necesidad de referirse cosas difíciles de decir y que no se cuentan. Aquella alegría que experimentaban los muchachos al hablar en voz baja de las cosas prohibidas, aquel atractivo que ofrece, tanto para un joven como para una muchacha, el resbalar juntos al pecado, si quiera sea de palabra inducibles sin cesar a los asuntos escabrosos. Gozaban intensamente de una voluptuosidad que no se echaban en cara, que saboreaban, muellemente, retrepados en ambos rincones del carruaje como compañeros que hacen memoria de las primeras escapatorias del colegio. Acabaron por convertirse en fanfarrones de malas costumbres. Renata confesó que en el convento las pequeñuelas eran desenvueltas a carta cabal. Máximo llegó aún más lejos y se atrevió a referir algunos de los actos vergonzosos del colegio de Plassans.

—¡Ah! lo que es yo, no puedo decir...—murmuraba Renata.

Y luego se inclinaba a su oído, como si tan



sólo el rumor de su voz la hiciese ruborizar, y le contaba una de esas historias de convento que se contienen en las canciones licenciosas. En cuanto a él, poseía una colección más que rica de anécdotas de aquella clase, para no quedarse atrás. Canturreábale al oído los más crudos "couplets", y, poco a poco, caían en un estado de beatitud particular, mecidos por todas aquellas ideas carnales que removían, halagados por extraños deseos que no se llegaban a formular. La carretela rodaba suavemente, y regresaban con deliciosa fatiga, más extenuados que a la mañana siguiente de una noche de amor. Habían hecho el mal, como dos muchachos que corren por los senderos sin queridas y que se satisfacen con sus recuerdos mutuos.

Una familiaridad, un abandono mayor todavía, existían entre el padre y el hijo. Saccard había comprendido que un gran hombre de negocios debe querer a las mujeres y hacer algunas locuras por ellas. Su amor era brutal, prefería el dinero; pero entró en su programa el ir recorriendo alcobas, el ir sembrando los billetes de banco en ciertas chimeneas y exhibir de vez en cuando una muchacha célebre, como dorada enseña para sus especulaciones. Cuando Máximo hubo salido del colegio, encontráronse en casa de las mismas damas, y se echaron a reír. Hasta llegaron a ser un poquitín rivales. A veces, cuando el joven comía en la Maison-d'Or con algunos amigos alborotadores, oía la voz de Saccard en algún gabinete contiguo.

—¡Calle! es papá que está aquí al lado— exclamaban con la mueca que copiaba de los actores en boga.

E iba a llamar a la puerta del gabinete, curioso por ver la conquista de su padre.

—¡Ah! eres tú— decía en tono placentero.— Entra, pues. Promovéis tal escándalo, que no se puede ni comer. ¿Con quién estás ahí?

—Pues ahí están Laura de Aurigny, Silvia, el *Cangrejo* y dos más, según parece. Están admirables: meten los dedos en los platos y nos arrojan puñados de ensalada a la cabeza. Tengo el traje lleno de aceite.

El padre se reía; encontraba aquello muy chistoso.

—¡Ah, jóvenes, jóvenes!— murmuraba.— No lo hacéis como nosotros, ¿no es así, gatita mía? Hemos comido con toda tranquilidad, y ahora nos vamos a hacer nona.

Y cogía la barbilla a la mujer que tenía al lado; y arrullaba con su gangueo provenzal, lo que producía una extravagante música amorosa.

—¡Oh, viejo canario!— exclamaba la mujer.— Buenos días, Máximo. Preciso es que yo le quiera a usted mucho—¿estamos?—para consentir en cenar con el granuja de su padre de usted... No se le ve a usted ya. Venga pasado mañana temprano... No, con formalidad, tengo algo que decir a usted.

Saccard daba fin a un helado o a una fruta, a bocaditos, con toda beatitud. Besaba el hombro de la dama y decía lleno de gozo:

—Ya lo sabéis, amigos míos, si os molesto, tomo el portante. Ya avisaréis cuando se pueda entrar.

Después se llevaba a la dama, o a veces iba con ella a formar parte de la algazara del salón vecino. Máximo y él besaban los mismos hombros; sus manos se encontraban alrededor de los mismos talles. Llamábanse a los divanes y se referían en voz alta las confidencias que las mujeres les hacían al oído. Y llevaban su inti-



midad al extremo de conspirar juntos para arrebatarse a la reunión la rubia o la morena que cada uno de ellos había elegido.

Eran muy conocidos en Mabilie. Allí acudían cogidos del brazo, tras de alguna comida por todo lo alto, dando la vuelta al jardín, saludando a las mujeres y dirigiéndoles palabritas de paso. Reíanse en alta voz, sin soltarse del brazo, prestándose ayuda en caso necesario en las conversaciones demasiado vivas. El padre, muy ducho en este particular, discutía con gran ventaja los amores del hijo. A veces tomaban asiento y bebían con un enjambre de muchachas. Luego cambiaban de mesa y volvían a sus paseos. Y hasta la media noche se les veía, unidos siempre los brazos a lo compinches, persiguiendo las faldas, a lo largo de las amarillas avenidas, o a la viva luz de los mecheros de gas.

Cuando volvían a casa, siempre llevaban de afuera, en sus trajes, algo de las muchachas que dejaban. Sus acanallados ademanes el dejó de ciertas palabras atrevidas y sus gestos de gente baja y ruin, llenaban las habitaciones de la calle de Rivoli con las emanaciones de alcoba sospechosa. El modo muelle y de abandono con que el padre daba la mano al hijo, bastaba por sí sólo para decir de dónde venían. En aquel ambiente era donde Renata respiraba sus caprichos, sus ansiedades sensuales. Burlábase de ellos nerviosamente.

—¿De dónde venis?—les preguntaba.—Oléis a pipa y a almizcle... Es seguro que me va a entrar la jaqueca.

Y aquel particular olor, en efecto, la aturdió extraordinariamente. Era el constante perfume de tal especial hogar doméstico.

En esto Máximo, concibió una gran pasión por la pequeña Silvia. Durante muchos meses

sacó de quicio a su madrastra con aquella muchacha. Renata no tardó en conocerla de un extremo a otro, desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos. Tenía una señal azulada en la cadera; nada más seductor que sus rodillas; los hombros tenían la particularidad de que tan sólo el izquierdo se hallaba señalado por un hoyuelo. Máximo empleaba cierta malicia, ocupando sus paseos en hablar de las perfecciones de su querida. Una tarde, al regreso del Bosque, las carretelas de Renata y de Silvia, venidas a un atolladero, tuvieron que detenerse, una al lado de la otra, en los Campos Eliseos. Ambas mujeres se miraron con viva curiosidad, mientras que Máximo, embebecido con tan crítica situación, hurlábase para sus adentros. Así que el coche volvió a emprender la marcha, como su madrastra guardase un sombrío silencio, creyó que se ponía de morros y vió venir una de esas escenas maternas, una de esas extravagantes reprimendas con que desfogaba a veces sus zangarrianas.

—¿Conoces por ventura al joyero de esa dama?—le preguntó de súbito, en el instante en que llegaban a la plaza de la Concordia.

—¡Ah! sí—contestó sonriendo;—le debo diez mi francos... ¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada.

—Después, al cabo de nuevo silencio:

—Llevaba un lindísimo brazaletes, el de la mano izquierda... Habría querido verle de cerca.

Entraron en casa, y nada más dijo sobre el particular. No hubo más sino que el día siguiente, en el instante en que Máximo y su padre iban a salir juntos, llamó aparte al joven y le habló en voz muy queda, con ademán embarazoso y con graciosa sonrisa, que pedía misericordia. El pareció sorprendido y se fué riéndose de mal-



talante. Por la noche llevó el brazaletes de Silvia, que su madrastra le había suplicado que se lo dejase ver.

—Aquí lo tienes—le dijo.—Por ti se haría uno hasta ladrón, querida mamá.

—¿No te ha visto tomarlo?—preguntó Renata, que examinaba con avidez la joya.

—No lo creo... Se lo puso ayer, por lo que seguramente no se lo querrá poner hoy.

Entretanto la joven se había acercado a la ventana. Habíase puesto el brazaletes. Tenía levantado un poco el puño, dándole vuelta con lentitud, como hechizada y repitiendo:

—¡Oh! es muy bonito, muy bonito... sólo que las esmeraldas no me gustan gran cosa.

En aquel instante entró Saccard, y como Renata siguiese con el brazo levantado, a la blanca luz de la ventana:

—¡Calle!—exclamó lleno de admiración,—¡es el brazaletes de Silvia!

—¿Conoces esa joya?—le preguntó más turbada que él, y sin saber qué hacer del brazo.

El se puso sobre sí, y amenazó a su hijo con el dedo, murmurando:

—¡Este granuja tiene siempre el fruto prohibido en los bolsillos!... Un día de estos será capaz de traernos el brazo de la dama con el brazaletes.

—¡Eh! no ha sido cosa mía—contestó Máximo con socarrona malignidad.—Ha sido Renata quien ha querido verlo.

—¡Ah!—se contentó con exclamar el marido.

Y miró a su vez la joya, repitiendo como su mujer:

—Es muy bonito, muy bonito.

Luego se fué con toda tranquilidad, y Renata riñó a Máximo por haberla vendido de aquella manera. Mas él le dió la seguridad de que su pa-

dre se guaseaba con todo aquello. Entonces Renata le devolvió el brazaletes, agregando:

—Pasarás por casa del joyero y me encargarás uno enteramente igual; sólo que en vez de las esmeraldas, quiero que ponga zafiros.

Saccard no podía conservar por mucho tiempo a su vera cosa o persona alguna, sin que quisiese venderla o sacar de ella algún provecho. No tenía su hijo todavía veinte años, cuando ya se propuso utilizarlo. Un lindo muchacho, sobrino de un ministro, hijo de un gran banquero, debía prestarse a una buena colocación. Era todavía bastante joven, mas se podría siempre buscarle una mujer y una dote, en paz con dar largas al casamiento, o con precipitarlo, según fuesen los apuros de dinero en la casa. Tuvo buena mano. En el consejo de vigilancia, de que formaba parte, se tropezó con un guapo y buen sujeto, el señor Mareuil, a quien, al cabo de dos días, supo hacerse suyo. El señor de Mareuil era un antiguo refinador del Havre, llamado Bonnet. Después de haber acopiado una gran fortuna, habíase casado con una jovencita noble, también muy rica, que andaba en busca de un imbecil de buena apariencia. Bonnet obtuvo el derecho de tomar el nombre de su mujer, lo que constituyó para él una primera satisfacción de orgullo; pero su matrimonio le había transmitido una ambición loca, soñando en recompensar a Elena por su nobleza con la adquisición de un encumbrada posición política. Desde entonces, contribuyó con su dinero a la publicación de los nuevos periódicos, compró en la comarca del Nièvre grandes propiedades y se preparó por todos los medios conocidos una candidatura en el cuerpo legislativo. Hasta entonces había naufragado, mas sin perder un ápice de su solemnidad. Era el cerebro más increíblemente vacío



que se pudiese encontrar. Tenía una corpulencia soberbia, con el semblante blanco y pensativo de un gran hombre de Estado; y, como quiera que escuchase siempre por modo maravilloso, con profundas miradas y con majestuosa serenidad en el rostro, podíasele creer entregado a un prodigioso trabajo interno de comprensión y de deducción. Era seguro que maldito lo que pensaba. Mas esto no era óbice para que llegase a estudiar a las personas que no se daban ya cuenta de si tenían que habérselas con un hombre o con un imbécil. El señor de Maréuil se acogió a Saccard como a su tabla de salvación. Tenía noticia de que una candidatura oficial iba a quedar vacante en el Nièvre, y bebía los vientos para que el ministro le designara; era aquélla la última baza de un juego. Por lo tanto se entregó atado de pies y manos al hermano del ministro. Saccard, que olfateó un buen negocio, le imbuyó la idea del matrimonio de su hija Luisa con Máximo. El otro se explayó con efusión, creyó haber dado el primero en aquella idea del enlace, y se consideró dichoso en gran manera al entrar en la familia de un ministro y de dar a Luisa un joven que parecía contar con las más halagüeñas esperanzas.

Luisa contaría — decía su padre — con un millón de dote. Contrahecha, fea, pero encantadora, veíase condenada a morir joven; una enfermedad de pecho la minaba sordamente, le comunicaba una alegría nerviosa, una gracia que respiraba cariño. Las niñas enfermas envejecen pronto y se hacen mujeres antes de la edad. Hallábase dotada de una ingenuidad sensual y parecía haber venido al mundo a los quince años, en plena pubertad. Cuando su padre, aquel coloso robusto y negado, la miraba, se resistía a creer que fuese hija suya. Su madre fué tam-

bién toda su vida una mujer alta y robusta; pero acerca de ella corrían varias historias que explicaban lo desmirriado de aquella niña, sus ademanes de bohemia millonaria, su fealdad de viciosa al par que encantadora. Decíase que Elena de Mareuil había muerto en el desenfreno más vergonzoso. Los placeres la habían carcomido como una úlcera, sin que su marido se percatara de la locura lúcida de su mujer, a la cual debería haber encerrado en una casa de curación. Llevada en un regazo enfermo, Luisa había salido con la sangre pobre, con los miembros desviados, atacado el cerebro y con la memoria ya henchida de vida deshonestas. A veces creía confusamente hacer memoria de una existencia anterior, veía desarrollarse, en vaga sombra, escenas extravagantes, hombres y mujeres se abrazaban y besaban, todo un drama carnal en que se complacían sus curiosidades de niña. Era su madre la que hablaba en ella. Su puerilidad continuaba aquella relajación. Conforme iba creciendo, nada le admiraba, acordábase de todo, o, mejor dicho, todo lo sabía; le gustaba y sentía placer entregándose a todo lo prohibido; después pasaba temporadas sumida a la más dulce pereza y su pobre cuerpo seguía consumiéndose; después despertaba del letargo y en su cabecita de mujercita volvía a anidar fantasías prohibidas. Aquella singular chicuela, cuyos malos instintos la halagaban, pero que contaban además con una desvergüenza inocente, con una curiosa mezcla de puerilidad y de atrevimiento, en aquella segunda vida en la que renacía virgen con su ciencia y su vergüenza de mujer formada... debía de concluir por ser del agrado de Máximo y parecerle hasta más aguda y graciosa que la misma Silvia, corazón de usurero, hija



de un honrado almacenista de papel y horriblemente burguesa en el fondo.

El matrimonio fué concertado entre risas, y se convino en que se dejase crecer a los "galonines". Ambas familias vivían en la más estrecha amistad. El señor de Mareuil impulsaba su candidatura. Saccard atisbaba su presa. Convinose en que Máximo pondría en la canastilla de boda su nombramiento de auditor en el consejo de Estado.

En esto la fortuna de Saccard parecía llegar a su apogeo. Resplandecía en pleno París como alegre y gigantesca iluminación. Era aquélla la hora en que el reparto del repugnante festín llenaba parte del bosque con el ladrido de los perros, con el restallar de los látigos, con el resplandor de las antorchas. Los desordenados apetitos diéronse por último por satisfechos, en la impudicia del triunfo, al ruido de los barrios demolidos y de las fortunas improvisadas en seis meses. La ciudad era tan sólo una colosal orgía de millones y de mujeres. El vicio, venido de arriba, corría por los arroyos, se ostentaba en los estanques, subía en los surtidores de agua de los jardines, para caer a su vez sobre las techumbres en fina y penetrante lluvia. Y en la noche, cuando se pasaban los puentes, parecía que el Sena arrastraba, en medio de la ciudad entregada al sueño, las basuras, las migajas caídas de la mesa, lazos de encajes dejados en los divanes, cabelleras olvidadas en los carruajes, billetes de Banco deslizados en los corpiños, todo cuanto la brutalidad del deseo y la satisfacción inmediata del instinto, arrojan a la calle, después de haberlo roto y ensuciado. Entonces, en el calenturiento soñar de París, y, mejor aún que en su jadeante cuestación del claro día, sentíase el desquiciamiento cerebral, la pesadilla

dorada y voluptuosa de una ciudad enloquecida con su oro y con su propia carne. Los violines sonaban hasta media noche, después las ventanas apagaban sus luces y las sombras descendían a la ciudad. Era aquello como una alcoba colosal, en donde se habría apagado la última bujía y extinguido el último pudor. En el fondo de las tinieblas tan sólo se sentía un gran estertor de amor furioso y desfallecido; en tanto que las Tullerías, a la orilla del agua, extendían sus brazos en la obscuridad, como en estrecho y enorme abrazo.

Saccard acababa de mandarse edificar su hotel del parque Monceaux, en terreno robado a la ciudad. Habíase reservado, en el primer piso, un soberbio gabinete, de palisandro y oro, con elevadas vitrinas de biblioteca, llenas de legajos, y en las que no se veía tan siquiera un libro; la caja, empotrada en la pared, se abría cual si fuese una alcoba de hierro, lo sobrado grande para acostar en ella los amores de mil millones. Su fortuna allí florecía y se ostentaba insolentemente. Todo parecía resultarle a pedir de boca. Cuado dejó su vivienda de la calle de Rivoli, dando mayor vuelo al tren de su casa, doblando el gasto, habló a sus familiares de ganancias considerables. Con arreglo a lo que él decía, su asociación con los señores Mignon y Charrier le producían fabulosos beneficios; sus especulaciones sobre los inmuebles resultaban mejor todavía; en cuanto al Crédito vitícola, venía a ser una vaca de leche inagotable. Tenía un modo de enumerar sus riquezas, que aturdió a los oyentes, sin dejarles que viesan claro. Su gangueo de provenzal aumentaba; con sus frases cortas y sus nerviosos ademanes, arrancaba fuegos de artificio, en que los millones subían en ramillete, acabando por deslum-



brar a los más incrédulos. Aquella turbulenta mimica de hombre rico, entraba, por gran parte, en la reputación de jugador afortunado que había adquirido. En realidad de verdad, nadie había que le conociese un capital limpio y sólido. Los diferentes asociados, que por fuerza se hallaban al corriente de su situación para con ellos, se explicaban su colosal fortuna creyendo en su prosperidad absoluta en las demás especulaciones, esto es, en aquellas de que no tenían noticia. Gastaba el dinero sin ton ni son; el chorrear de su caja proseguía, sin que los manantiales de aquel río de oro se hubiesen descubierto aún. Era aquello denuncia pura, la hidrofobia del dinero, puñados de luises arrojados por las ventanas, la caja vaciada todas las tardes hasta el último sueldo y vuelta a llenar durante la noche sin saber de qué manera, y no suministrando jamás fuertes cantidades sino cuando Saccard salía con que había perdido las llaves.

En aquella fortuna, que tenía los rumores y los desbordamientos de un torrente invernal, la dote de Renata se hallaba comprometida, arrasada, anegada. La joven, desconfiando en los primeros días y queriendo administrar sus bienes por sí misma, no tardó en cansarse de los negocios; después sintióse pobre en parangón con su marido, y, agobiada por las deudas, tuvo que acudir a él, pedirle dinero prestado y ponerse a su discreción. A cada nueva factura, que él pagaba con sonrisa de hombre bondadoso que disculpa las debilidades humanas, Renata se entregaba un poco más, le confiaba títulos de renta y le autorizaba para que enajenara esto o lo otro. Cuando fueron a habitar el hotel del parque de Monceaux encontrábase ya casi por completo despojada. El se había substituído al

Estado y pagábale la renta de los cien mil francos procedentes de la casa de la calle de la Pépinière; por otra parte, le había hecho vender la finca del Sologne para colocar el dinero en un gran negocio, un empleo soberbio, según él decía. Por lo tanto, ya no tenía en sus manos sino los terrenos de Charonne, que se obstinaba en no enajenar por no entristecer a la excelente tía Isabel. Y aun tocante a este asunto, preparaba Saccard un golpe ingenioso con ayuda de su antiguo cómplice Larsonneau. Por lo demás, ella continuaba siendo agradecida; si había dispuesto de su fortuna, pagábale cinco o seis veces los intereses. La renta de los cien mil francos, unida al producto del dinero del Sologne, ascendía a penas a nueve o diez mil francos, justamente lo preciso para pagar a su abastecedora de ropa blanca y a su zapatero. Dábale, o daba por ella, quince o veinte veces aquella miseria. Saccard habría trabajado ocho días para robarle cien francos, y sin embargo, la sostenía como a una reina. Así era que, como todo el mundo, profesaba gran respeto a la caja monumental de su marido, sin meterse a penetrar en él ningún fundamento de aquel río de oro que pasase a su vista y en el que se zambullía cada mañana.

En el parque de Monceau allí fué la crisis loca, el triunfo fulgurante. Los Saccard doblaron el número de sus carruajes y de sus trenes, se proveyeron de un ejército de criados que vistieron con gran librea azul, calzón corto de castaña y chaleco con rayas negras y amarillas, colores un tanto severos que el banquero había elegido para echárselas de hombre serio, pues esto constituía uno de sus más acariciados sueños. Desplegaron su lujo en las habitaciones de la fachada y descubrían las cortinas en los días



de grandes festines. El vendabal de la vida contemporánea que había hecho golpear las puertas del primer piso de la calle de Rivoli, habíase convertido aquel hotel en un verdadero huracán, que amenazaba cargar hasta con los tabiques. En medio de aquellas regias habitaciones, a lo largo de los dorados pasamanos, en las alfombras de sedosa lana, en aquel palacio de hadas de advenedizo, el olor de Mabille se esparcía, los descocados movimientos de caderas en los bailes de moda se agitaban, toda la época pasaba con su risa loca y bestial, con su hambre eterna y su eterna sed. Era la sospechosa casa del placer mundano, del placer impúdico que ensanchaba las ventanas para poner al transeunte en la confidencia de las alcobas. Marido y mujer vivían allí libremente, a la vista de sus criados. Habíanse dividido la casa, y acampaban, como si aquel no fuese su hogar, como lanzados, al finalizar un viaje tumultuoso y turbulento, en cualquier suntuoso hotel amueblado, en donde sólo se habían tomado el tiempo preciso para abrir sus cofres, para correr más de prisa en busca de los placeres de una ciudad nueva. Pasaban la noche en el hotel, no permaneciendo allí sino en los días de grandes banquetes, impelidos por incesante carrera a través de París, volviendo a veces sólo una hora, como se entra en un cuarto de posada, entre dos excursiones. Renata se sentía allí más inquieta, más nerviosa; sus faldas de seda se deslizaban como con silbidos de culebra sobre las mullidas alfombras, a lo largo del raso de los confidentes; sentíase irritada contra los estúpidos dorados que la rodeaban, contra aquellos elevados techos en donde tan sólo quedaban, después de noches de festín, las risotadas de los jóvenes estúpidos y las sentencias de los viejos granujas;

habría querido, para llenar todo aquel lujo, para habitar aquel deslumbrador centelleo, una diversión suprema, que en vano su curiosidad buscaba por todos los ámbitos del hotel, en el saloncito color de sol, en la estufa de vegetación exuberante. Saccard, por su parte, tocaba a la realización de sus ensueños; recibía a la alta banca, el señor Toutin-Laroche, al señor de Lauwerens; recibía también a los grandes políticos, al barón Bouraud, al diputado Haffner; hasta su hermano, el ministro se había dignado asistir dos o tres veces para consolidar su situación con su presencia. No obstante, así como a su mujer, asaltábanle ansiedades nerviosas, una inquietud que prestaba a su reír extraños sonidos de vidrios rotos. Hacíase tan atolondrado, tan impetuoso, que sus amigos decían de él: "¡El demonio de Saccard! ¡gana demasiado dinero, se volverá loco!" En 1860 habíasele condecorado a consecuencia de un misterioso servicio que había prestado al prefecto, sirviendo de testaferra a una dama, para la venta de terrenos.

En la época de su instalación en el parque Monceaux fué cuando se realizó un acontecimiento en la vida de Renata que le produjo una impresión imperecedera. Hasta allí, el ministro se había resistido a las súplicas de su cuñada, ardía en deseos de ser invitada a los bailes de la corte. Consintió por último, creyendo la fortuna de su hermano definitivamente asentada. Renata no durmió por espacio de un mes. Llegó la noche del gran sarao, y ella, en extremo temblorosa, se encontraba en el coche que la llevaba a las Tullerías.

Llevaba un traje que era un prodigio de gracia y de originalidad, un verdadero descubrimiento que había ideado en una noche de insomnio y que tres obreros de Worms había ido a ejecu-



tar a su casa, a su vista. Consistía en una falda sencilla de gasa blanca, pero guarnecida de multitud de volantitos recortados y ribeteados con un cordoncito de terciopelo negro. El corpiño, también de terciopelo negro, era de escote cuadrado muy por debajo de la garganta, guarnecido por una finísima blonda apenas de un dedo de ancha; no llevaba ni una flor, ni el menor lazo; en las muñecas ostentaba brazaletes sin la menor cinceladura, y, en la cabeza, una estrecha diadema de oro, consistente en un arco liso; rodeábale la cabeza como un nimbo.

Cuando se encontró en los salones y luego que su marido se hubo apartado de ella para unirse al barón Gourand, experimentó un instante de turbación; pero los espejos, en que se veía encantadora, la tranquilizaron pronto; y acostumbábase al ardoroso ambiente, al murmullo de las voces, a aquella barahunda de trajes negros y de hombres blancos, cuando se presentó el emperador. Atravesaba lentamente el salón, del brazo de un general grueso y de pequeña estatura, que resoplaba como si hubiese tenido una digestión laboriosa. Los blancos hombros se colocaron en dos hileras, mientras que los trajes negros retrocedieron un paso, instintivamente, en actitud discreta. Renata se halló impelida al extremo de la fila de los hombros, cerca de la segunda puerta, aquella a que el emperador se dirigía con paso tardo y vacilante. Vióle por tal modo dirigirse hacia ella, desde una puerta a la otra.

Vestía de frac, con la banda colorada del gran cordón. Renata, dominada por la emoción, distinguía mal los objetos, y aquella mancha sangrienta parecía salpicar todo el pecho del príncipe. Encontróle pequeño, con las piernas demasiado cortas y con la cadera flexible; mas sen-

tiase maravillada, hasta el punto de parecerle hermoso, con su rostro descolorido y macilento, y con los aplomados párpados que caían sobre los apagados ojos. Bajo el bigote su boca se abría como perezosamente, mientras que su nariz era lo único que aparecía huesoso en toda su fisonomía disipada.

El emperador y el anciano general continuaban adelantando a paso menudo, pareciendo sostenerse mutuamente con languidez y sonriendo con vaguedad. Miraban a las damas inclinadas ante ellos, y sus ojos, dirigidos a derecha e izquierda, se deslizaban entre los escotes. El general se inclinaba, decía alguna palabra al amo y le apretaba el brazo con ademán de alegre compañero. El emperador, indolente y como disimulado, más descolorido aún que de costumbre, continuaba adelantando con su tardo andar.

Hallábanse en medio del salón, cuando Renata sintió que sus miradas se fijaban en ella. El general la miraba con tanto ojo abierto, mientras que el emperador, medio alzando los párpados despedía inciertos fulgores en la incolora perplejidad de sus desvanecidos ojos. Renata, aturrullada, bajó la cabeza, se inclinó y ya no vió otra cosa que los rosetones de la alfombra. Pero seguía la sombra de ambos personajes, y comprendió que se detenían unos segundos delante de ella. Creyó oír al emperador, a aquel soñador equívoco, que murmuraba, al mirarla envuelta en su falda de muselina estriada de terciopelo:

—Vea usted, general, una flor sin coger, un misterioso clavel con corola blanca y negra.

Y el general contestó con voz más brutal:

—Señor, ese clavel sentaría que es un primor en nuestros ojales.

Renata alzó la cabeza. La aparición había des-